

Antonio Pereira: el don del cuentista

ANTONIO HERNÁNDEZ

De un escritor importa bien poco que sea precoz o tardío, pero otra cosa muy diferente es que sea impuntual. Impuntual con su tiempo, con sus modos; es decir, que no sintonice con la sensibilidad del momento que le toca vivir y que ese instante no nos traiga noticias de los que viviremos, precisamente porque el pasado no se ha vivido con una pasión de la que quede su palpa indestructible. Creo que Antonio Pereira comenzó a escribir tarde, y, como lo que a veces es una rémora, en ocasiones es una ventaja, quizá su caso sea el de quien escribe porque tiene mucho que decir cuando ya tiene poco que aprender. Afortunadamente, este es el caso de los maestros integrales, que nos dan un producto jugoso y elaborado, no un verdor destellante con la esperanza de un fruto que, muchas veces, ni cuaja ni madura. Lo que digo se percibe pronto al leer sus relatos, porque en ellos no se desaprovecha una línea y porque todas las líneas están en función de que la sorpresa surja en la última de ellas. Este es el don del cuentista, el de ahora y el de siempre; pero Pereira le pone a lo que hace su sello personal, el que ha acuñado en su manera de conocimiento de sí mismo por lo que se parece a los otros y en el de los otros en lo que a él se parecen si el espejo se deforma. El resultado, que lo diagnostica su intuición de poeta, lo controla su ironía permanente y lo engrandece su ternura; es así una criatura viva y fragante que echa al mundo este socarrón -como la ha calificado un crítico ya desaparecido-, al que sería más justo situar como un cachondo, en sentido mental y erótico. Digo esto porque la presencia de lo erótico como fuente de vida es su oposición a la muerte, no porque Pereira sea un viejo verde lleno de ínfulas, y porque sabe que con Eros de su parte tiene ganada la porción más importante de lo que ha de transmitir una narración: la sensualidad. A esa causa y ese efecto se une una concepción del mundo y de las relaciones sociales exenta de moralinas, de lo que se desprende la consecuencia de llamarle a las cosas por su nombre sin que el mal gusto haga acto de presencia.

Curiosamente, Antonio Pereira tiene en sí esa aduana de la elegancia que hace que lo «light» circule con nicotina. Eso es naturalidad, pero naturalidad potenciada para que se convierta en arte con la fórmula de lo ambiguo, que es la que se sirve de la sugerencia para no tener que contar lo innecesario.

En un narrador tan compacto y tan divertido es muy difícil la elección de una de esas piezas, aunque siempre hay gustos. Si hay que decir que Pereira, al menos en este libro, sube más alto cuando menos se preocupa por conseguir la trascendencia, o al menos cuando no se le supone como prurito, lo que sucede en uno sólo de los relatos. Tal vez ha querido variar y sacarnos del tan cardinal disfrute de su regocijante prosa. Pero preguntarle por qué a lo mejor tendría la misma respuesta que Wilde le dio a su editor cuando éste le pidió que rompiera unas cuartillas: «¿Cómo puedo yo mutilar a un clásico?» Pereira, salvando las distancias, podría decir lo mismo. Porque lo es.